

MONARQUÍAS EN CONFLICTO

LINAJES Y NOBLEZAS EN LA ARTICULACIÓN DE LA MONARQUÍA HISPÁNICA

José Ignacio Fortea Pérez, Juan Eloy Gelabert González,
Roberto López Vela, Elena Postigo Castellanos
(Coordinadores)

Fundación Española de Historia Moderna – Universidad de Cantabria

**MONARQUÍAS EN CONFLICTO
LINAJES Y NOBLEZAS EN LA ARTICULACIÓN
DE LA MONARQUÍA HISPÁNICA**

José Ignacio Fortea Pérez, Juan Eloy Gelabert González,
Roberto López Vela, Elena Postigo Castellanos
(Coordinadores)

Fundación Española de Historia Moderna – Universidad de Cantabria

2018

© Los autores.

© De esta edición: Fundación Española de Historia Moderna – Universidad de Cantabria, Madrid, 2018.

EDITORES: José Ignacio Fortea Pérez, Juan Eloy Gelabert González, Roberto López Vela, Elena Postigo Castellanos.

COLABORADORES: M^a José López-Cózar Pita y Francisco Fernández Izquierdo.

ISBN: 978-84-949424-1-9 (Obra completa)

978-84-949424-2-6 (Comunicaciones)

Imagen de cubierta: - “Puerto con Castillo”, Paul Bril (hacia 1601).

© Archivo Fotográfico Museo Nacional del Prado (Madrid).



Edición patrocinada por el Gobierno de Cantabria, Dirección General de Cultura



XV Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna.

DIRECTORES

José Ignacio Fortea Pérez (Universidad de Cantabria), Juan Eloy Gelabert González (Universidad de Cantabria), Roberto López Vela (Universidad de Cantabria), Elena Postigo Castellanos (Universidad Autónoma de Madrid).

SECRETARIOS

Oscar Lucas Villanueva (Universidad de Cantabria), Juan Díaz Álvarez (Universidad de Oviedo), M^a José López-Cózar Pita (Fundación Española de Historia Moderna).

COMITÉ CIENTÍFICO

Dr. Eliseo Serrano Martín (Universidad de Zaragoza) • Dr. Juan José Iglesias Ruiz (Universidad de Sevilla) • Dr. Francisco Fernández Izquierdo (Consejo Superior de Investigaciones Científicas) • Dra. Virginia León Sanz (Universidad Complutense de Madrid) • Dr. Félix Labrador Arroyo (Universidad Rey Juan Carlos) • Dr. Francisco García González (Universidad de Castilla-La Mancha) • Dr. Manuel Peña Díaz (Universidad de Córdoba) • Dra. Ángela Atienza López (Universidad de La Rioja) • Dr. José Luis Betrán Moya (Universidad Autónoma de Barcelona) • Dr. Máximo García Fernández (Universidad de Valladolid) • Dr. Antonio Jiménez Estrella (Universidad de Granada)

Todos los trabajos contenidos en este volumen han sido sometidos a una evaluación doble ciega, tanto en su fase de propuesta, como en la redacción del texto definitivo, de acuerdo a los criterios de excelencia académica establecidos por la Fundación Española de Historia Moderna y la Universidad de Cantabria.

EVALUADORES

Rosa Alabrús Iglesias (Universidad Abad Oliba)
Joaquim Albareda (Universidad Rovira i Virgili)
Armando Alberola Roma (Universidad de Alicante)
Francisco José Alfaro Pérez (Universidad de Zaragoza)
Marina Alfonso Mola (UNED)
Izaskun Álvarez Cuartero (Universidad de Salamanca)
Fernando Andrés Robres (Universidad Autónoma de Madrid)
Francisco Andújar Castillo (Universidad Universidad de Almería)
Miguel Ángel Aramburu-Zabala Higuera (Universidad de Cantabria)
David Bernabé Gil (Universidad de Alicante)
Mónica Bolufer Peruga (Universidad de Valencia)
Miguel Ángel de Bunes Ibarra (CSIC)
Manuel Bustos Rodríguez (Universidad de Cádiz)
Carlos J. de Carlos Morales (Universidad Autónoma de Madrid)
Adolfo Carrasco (Universidad de Valladolid)
Juan Manuel Carretero Zamora (Universidad Complutense)
Hilario Casado Alonso (Universidad de Valladolid)
Ana Crespo Solana (CSIC)
Jaume Danti i Riu (Universidad de Barcelona)
Miguel Deya Bauzá (Universidad de las Islas Baleares)
Juan Díaz Álvarez (Universidad de Oviedo)
Isabel Enciso Alonso-Muñumer (Universidad Rey Juan Carlos)
Antonio Espino López (Universidad Autónoma de Barcelona)
Amparo Felipe Orts (Universidad de Valencia)
Camilo Fernández Cortizo (Universidad de Santiago de Compostela)
Francisco Fernández Izquierdo (CSIC)
Alfredo Floristán Imízcoz (Universidad de Alcalá de Henares)
José Ignacio Fortea Pérez (Universidad de Cantabria)
Ricardo Franch Benavent (Universidad de Valencia)
Gloria Franco Rubio (Universidad Complutense)
Enrique García Hernán (CSIC)
Bernardo José García García (Universidad Complutense)
Juan Eloy Gelabert González (Universidad de Cantabria)
Javier Gil Puyol (Universidad de Barcelona)
José Luis Gómez Urdáñez (Universidad de la Rioja)
Miguel Fernando Gómez Vozmediano (Universidad Carlos III)
Jesús Manuel González Beltrán (Universidad de Cádiz)

David González Cruz (Universidad de Huelva)
José Antonio Guillén Berrendero (Universidad Rey Juan Carlos)
José Luis de las Heras Santos (Universidad de Salamanca)
Antonio Irigoyen López (Universidad de Murcia)
Antonio Jiménez Estrella (Universidad de Granada)
Félix Labrador Arroyo (Universidad Rey Juan Carlos)
Ramón Lanza García (Universidad Autónoma de Madrid)
Virginia León Sanz (Universidad Complutense)
Manuel Lobo Carrera (Universidad de Las Palmas de G.C.)
Amparo López Arandía (Universidad de Extremadura)
María López Díaz (Universidad de Vigo)
Roberto López López (Universidad de Santiago de Compostela)
Ana Isabel López Salazar Pérez (Universidad Complutense)
Roberto López Vela (Universidad de Cantabria)
Óscar Lucas Villanueva (Universidad de Cantabria)
David Martín Marcos (Universidade Nova de Lisboa)
Carlos Martínez Shaw (UNED)
José Antonio Martínez Torres (UNED)
Miguel Ángel Melón Jiménez (Universidad de Extremadura)
Víctor Ángel Mínguez Cornelles (Universidad Jaume I)
Ana Morte Azim (Universidad de Zaragoza)
María Eugenia Mozón Perdomo (Universidad de La Laguna)
Fernando Negredo del Cerro (Universidad de Carlos III)
Juan Francisco Pardo Molero (Universidad de Valencia)
Magdalena de Pazzis Pi Corrales (Universidad Complutense)
Pablo Pérez García (Universidad de Valencia)
Rafael M. Pérez García (Universidad de Sevilla)
María Ángeles Pérez Samper (Universidad de Barcelona)
Guillermo Pérez Sarrión (Universidad de Zaragoza)
Primitivo Pla Alberola (Universidad de Alicante)
Julio Polo Sánchez (Universidad de Cantabria)
Charo Porres Marijuan (Universidad del País Vasco)
Elena Postigo Castellanos (Universidad Autónoma de Madrid)
Marion Reder Gadow (Universidad de Málaga)
Ofelia Rey Castelao (Universidad de Santiago de Compostela)
Joana Ribeirete Fraga (Universidad de Barcelona)
Antonio José Rodríguez Hernández (UNED)
Saulo Rodríguez (Universidad de Cantabria)
José Javier Ruiz Ibáñez (Universidad de Murcia)
José Ignacio Ruiz Rodríguez (Universidad de Alcalá de Henares)
Pegerto Saavedra Fernández (Universidad de Santiago de Compostela)
María del Carmen Saavedra Vázquez (Universidad de Santiago de Compostela)
José Antonio Salas Auséns (Universidad de Zaragoza)
Julio Sánchez Gómez (Universidad de Salamanca)
Francisco Sánchez Montes (Universidad de Granada)
Miguel Ángel Sánchez García (Universidad de Cantabria)
Javier de Santiago Fernández (Universidad Complutense)
Porfirio Sanz Camañes (Universidad de Castilla – La Mancha)
Margarita Serna (Universidad de Cantabria)
José Ángel Sesma Muñoz (Universidad de Zaragoza)
Hortensio Sobrado Correa (Universidad de Santiago de Compostela)
Enrique Solano Camón (Universidad de Zaragoza)
Fernando Suárez Golán (Universidad de Santiago de Compostela)
Antonio Terrasa Lozano
Margarita Torremocha Hernández (Universidad de Valladolid)
Javier Torres Sans (Universidad de Gerona)
Jesús María Usunáriz Garayoa (Universidad Pública de Navarra)
Bernard Vicent (EHES)
Jean Paul Zuñiga (EHES)

LA CAMPAÑA DE 1691 EN LOS PAÍSES BAJOS ESPAÑOLES

VÍCTOR GARCÍA GONZÁLEZ
victorgg@uma.es, v123gg@gmail.com
Universidad de Málaga

Resumen: En este trabajo se analiza el desarrollo de la campaña de 1691 en los Países Bajos españoles, parte de la Guerra de los Nueve Años, también conocida como de la Liga de Augsburgo o de la Gran Alianza. Pese a la renovación que ha supuesto en los últimos años la obra de historiadores como Davide Maffi, Antonio Espino López, Jean-Philippe Cénat o Christopher Storrs, este conflicto bélico permanece en un segundo plano respecto a los temas más recurrentes de la historiografía militar española y europea reciente. Para arrojar luz sobre la relativamente poco conocida campaña de 1691 se combinan aquí el recurso a obras especializadas de autores que han tratado en profundidad este período, como John A. Lynn, François Lebrun o Christopher Duffy, y el trabajo con fuentes primarias de ambos bandos, especialmente las *Memorias del mariscal de Berwick, escritas de su propia mano*¹ y otro documento de gran valor: el diario de operaciones de la campaña de 1691² realizado por Jorge Próspero de Verboom (1665-1744), entonces alférez y ayudante del cuartel maestro general del ejército de Flandes, Jerónimo de Barceló, y futuro ingeniero general con Felipe V. Los objetivos principales, reivindicar estas fuentes y la importancia de esta contienda clave en la historia europea y conocer mejor la composición, organización, coordinación y logística de los ejércitos en liza: los aliados al mando

¹ Pere Molas Ribalta (ed.), *Memorias. Duque de Berwick*, San Vicente del Raspeig, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2007.

² Jorge Próspero de Verboom, *Marches et campements de l'armée des Aliez au Pays-Bas en l'an 1691, sous les ordres du Roy d'Angleterre, le tout démontré sur des cartes Geographiques*, 1691, Biblioteca Nacional de España [BNE], MSS/1065.

de Guillermo III, príncipe de Orange y rey de Inglaterra, entre cuyas fuerzas se encontraba el ejército español de Flandes, y el contingente francés comandado por François-Henri de Montmorency-Luxembourg, uno de los mejores mariscales de Luis XIV.

Palabras clave: Diario de operaciones, campaña de 1691, Guerra de los Nueve Años, Liga de Augsburgo, Países Bajos españoles, ejército español de Flandes, logística, organización.

Abstract: In this paper, we will analyze the course of the campaign of 1691 in the Spanish Netherlands, part of the Nine Years' War, also called the War of the Grand Alliance or the War of the League of Augsburg. Despite the renovation that the work of historians like Davide Maffi, Antonio Espino López, Jean-Philippe Cénat or Christopher Storrs has entailed in recent years, this conflict remains in the background compared to the usual topics of the Spanish and European military historiography. In order to shed light on the relatively little known campaign of 1691, we will resort to specialized works by authors who have treated this period in depth, such as John A. Lynn, François Lebrun or Christopher Duffy, and primary sources, especially the *Memoirs of the Marshal Duke of Berwick, written by himself*, and another document of great value, the war diary drafted by George Prosper Verboom (1665-1744), then ensign and aide-de-camp of Jerónimo de Barceló, quartermaster general of the Spanish Army of Flanders, and future General Engineer under Philip V of Spain. The main goals of this work are to vindicate these sources and the importance of this key struggle in European history and to learn more about the composition, organization, coordination and logistics of the fighting armies: the allies under the command of William III, Prince of Orange and King of England, among whose forces was the Spanish Army of Flanders, and the French army corps of François-Henri de Montmorency-Luxembourg, one of the best marshals of Louis XIV.

Key words: War diary, Campaign of 1691, Nine Years' War, League of Augsburg, Spanish Netherlands, Spanish Army of Flanders, logistics, military organization.

1. INTRODUCCIÓN

El conflicto internacional conocido como la Guerra de la Liga de Augsburgo o de los Nueve Años ha recibido generalmente escasa atención por parte de la historiografía española en comparación con las grandes contiendas que lo antecedieron o sucedieron, como la Guerra de los Treinta Años, la guerra franco-española que tuvo lugar entre 1635 y 1659 o la Guerra de Sucesión Española.

Con frecuencia, los manuales únicamente se detienen en los acontecimientos ocurridos entre 1688 y 1697 como mero prólogo de lo que vendría después, a la muerte de Carlos II. No obstante, este choque alberga particularidades que lo hacen extremadamente interesante para el análisis histórico. Fue quizá la primera vez que una alianza internacional de esta magnitud se articuló permanentemente en Europa de una forma verdaderamente coordinada y con un mando único, con objeto de hacer frente a la hegemonía de un enemigo común: la Francia de Luis XIV. Y en el seno de esta alianza, la convivencia entre fuerzas de distinta confesión religiosa, en una contienda que fue considerada *guerra de estado, no de religión*³, dejó de ser algo extraordinario para adquirir una pátina de normalidad sin precedentes, lo que pudo dejar cierto poso de tolerancia que colaboraría en pro del inicio de la apertura que significó la centuria posterior en este aspecto. Además, la Guerra de los Nueve Años supuso la manifestación práctica definitiva de los avances logrados tanto por el ejército francés como por sus enemigos de la Liga de Augsburgo, en especial en ámbitos como la logística o la guerra de asedio, lo que se hizo patente en episodios como los sitios de Mons en 1691 y Namur en 1692 y 1695, que enfrentaron a los más grandes ingenieros de la época, el francés Vauban y el neerlandés Coehoorn.

³ Antonio Espino López, "Publicística y guerra de opinión. El caso catalán durante la Guerra de los Nueve Años", *Studia Historica. Historia Moderna*, nº 14, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1996, p. 176.

Durante el siglo XVII, los diarios de operaciones se popularizaron entre la oficialidad, a menudo sin la pretensión de ser publicados sino como registro de los movimientos y actividades de las fuerzas en conflicto, útil tanto para el propio desarrollo de la guerra como para la carrera militar posterior del autor. Por desgracia, una fuente histórica de tal valor no siempre se ha conservado hasta nuestros días, al menos con la frecuencia de diarios de épocas posteriores. Es por ello que debemos tener en consideración la gran importancia del hecho de que la Biblioteca Nacional de España albergue el original del mencionado diario de operaciones de la campaña de 1691, con el título “*Marches et campements de l'armée des Aliez au Pays Bas en l'an 1691, sous les ordres du Roy d'Angleterre*”. Su autor, el ingeniero Verboom, detalló en él minuciosamente todas las operaciones y movimientos del ejército aliado frente a su homólogo francés en los Países Bajos españoles a lo largo del año 1691. La primera etapa de la carrera del ingeniero flamenco, antes de viajar a la España peninsular en 1709, supuso uno de los últimos ejemplos de hombres fuertes autóctonos al servicio de la Monarquía Hispánica en aquel territorio, en la tradición de otros como Pedro Roose, que llegó a ser presidente del Consejo Privado de Bruselas⁴ en el reinado de Felipe IV.

Este texto pretende aprovechar esta escasamente conocida fuente primaria para realizar una radiografía de la campaña de ese año. Contrastando esa base documental con la bibliografía especializada de investigadores que han estudiado este período, se ha analizado la organización y la logística de los ejércitos enfrentados en los Países Bajos españoles en la campaña de 1691, se han examinado las relaciones entre las diversas tropas que integraban el ejército aliado (españolas, neerlandesas, británicas, brandemburguesas o de otros estados alemanes) y la problemática que afrontaron durante la campaña y se ha estudiado el modo de hacer la guerra a finales del XVII a través del ejemplo de lo que aconteció en 1691, cotejando la relación entre la teoría del arte militar y la práctica de la campaña.

2. LA FRANCIA DE LUIS XIV ANTE LA LIGA DE AUGSBURGO: LAS PRIMERAS CAMPAÑAS (1688-1690)

La Guerra de los Nueve Años fue una contienda mundial, con escenarios de combate repartidos por todos los continentes⁵, por lo que sentó un claro precedente de otras guerras globales como la Guerra de Sucesión Española o la Guerra de los Siete Años.

La dilatación de los conflictos europeos tanto geográfica como cronológicamente puso contra las cuerdas las economías y las sociedades de los beligerantes, también en el caso francés. Los años de la Guerra de los Nueve Años o de la Liga de Augsburgo son para François Lebrun el inicio de los años de la miseria⁶. Las crisis de subsistencia se sucederán, poniendo la economía y la demografía francesas al límite de su capacidad al mismo tiempo que las fuerzas armadas de Luis XIV alcanzaban los 400000 hombres movilizados, un hito histórico sin precedentes según John A. Lynn, pero que no se logró sin dificultad, sino que fue producto de un proceso lento cuyo pico tuvo lugar en 1693, tras casi cinco años de guerra⁷. El mantenimiento de cinco frentes fronterizos (a los que hay que sumar otro ejército destinado a proteger las costas francesas y amenazar con una potencial invasión de Inglaterra) en este contexto de penuria provocará un

⁴ René Vermeir, “Olivares y Flandes” *Libros de la Corte*, nº 5, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2012, pp. 139-141.

⁵ Carmen M.^a Fernández Nadal, “La unión de las armadas inglesa y española contra Francia: la defensa de las Indias en la Guerra de los Nueve Años”, en Enrique García y Davide Maffi (coords.), *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica: política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*, Madrid, Laberinto, Mapfre, CSIC, 2006, p. 1025.

⁶ François Lebrun, *La puissance et la guerre, 1661-1715*, París, Points/Du Seuil, 1997, p. 189.

⁷ John A. Lynn, “Revisiting the Great Fact of War and Bourbon Absolutism: The Growth of the French Army during the Grand Siècle”, en Enrique García y Davide Maffi (coords.), *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica: política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*, Madrid, Laberinto, Mapfre, CSIC, 2006, p. 68.

descenso considerable de la población francesa entre 1690 y 1695⁸. La crisis de 1693-1694 llevaría a la creación en 1695 del impuesto de *capitation*, promovido por Chamlay, consejero militar y diplomático del Rey Sol⁹.

Para Lynn, Luis XIV se vio abocado a librar esta guerra para reforzar la seguridad de las nuevas fronteras francesas, no para realizar nuevas conquistas. Los generales guerreros como Turenne o el Gran Condé ya no estaban, y los líderes supervivientes, como Louvain o Vauban, eran decididos partidarios de las fortificaciones como medio de asegurar las conquistas de las décadas anteriores¹⁰. A ello debemos sumar el objetivo de mantener la paz y el orden internos¹¹, eco de la inestabilidad que tuvo lugar en el siglo XVI y los años centrales del XVII durante la minoría de edad de Luis XIV. Permanecía en el imaginario el recuerdo de Luis XIII como un monarca relativamente débil o que al menos había delegado demasiado en sus ministros. El Rey Sol esperaba un conflicto corto que permitiera una mejor recuperación del país tras una década de excesos¹². Los éxitos de los Habsburgo de Viena contra los turcos en el Danubio alarmaron a la corte de Versalles, que pretendía convertir la tregua de Ratisbona con España, el Imperio y los estados alemanes, cuya duración prevista era 20 años, en un tratado permanente e imponer su opción en la sucesión al obispado electoral de Colonia. Los derrotados en la Guerra de las Reuniones esperaban poder recuperar territorios llegado el momento, por lo que el conflicto estaba servido.

A esta tensa situación en el valle del Rin y los Países Bajos españoles debemos sumar la nueva situación creada por la Revolución de 1688 que destronó a Jacobo II y otorgó el trono de Inglaterra, Escocia e Irlanda a Guillermo de Orange, estatúder de Holanda. Luis XIV publicó su ultimátum o *Mémoire des raisons* en septiembre de 1688, invadiendo a continuación el Palatinado, al mismo tiempo que Guillermo reunía su armada de invasión. Jacobo II huyó de Inglaterra en diciembre y, en febrero, el príncipe de Orange y su esposa María accedieron conjuntamente al trono en Londres.

La política de Luis XIV y sus ministros Louvois y Chamlay en Alemania fue la de tierra quemada y devastación como medios de presión hacia los estados alemanes para que se acogieran a las demandas francesas. La perspectiva para la población de las ciudades arrasadas era ser desplazada a territorios recientemente ocupados por Francia como Alsacia, Lorena o el Franco Condado. Sin embargo, la política represiva mostrada en el *Ravage du Palatinat* convenció a los alemanes de resistir a ultranza organizando una gran alianza. La desolación en el sudoeste de Alemania había recuperado para la memoria colectiva los trágicos recuerdos de los horrores de la Guerra de los Treinta Años¹³. Para paliar la delicada situación económica de Francia se recurrió a exigir contribuciones en los territorios enemigos, lo que se reveló como una medida lucrativa aunque estimuló la resistencia.

Nos centraremos en adelante en los sucesos en los Países Bajos españoles. Esta región no sufriría estragos tales como los del Palatinado, ya que los mandos franceses eran conscientes de que se trataba de un territorio que podía ser anexionado potencialmente, por lo que cabía no

⁸ François Lebrun, *op.cit.*, 1997, pp. 198-200.

⁹ Jean-Philippe Cénat, “La genèse et l’élaboration de la capitation de 1695: le rôle décisif de Chamlay, conseiller militaire de Louis XIV”, *Revue histoire, économie & société*, nº 3, Malakoff, Armand Colin, 2010, p. 30.

¹⁰ John A. Lynn, *Giant of the Grand Siècle: The French Army, 1610-1715*, Cambridge: Cambridge University Press, 1997, p. 531.

¹¹ John A. Lynn, *op.cit.*, 2006, p. 69.

¹² John A. Lynn, *The Wars of Louis XIV, 1667-1714*, Londres y Nueva York, Routledge, 2013, p. 191.

¹³ *Ibidem*, pp. 196-199.

propasarse con futuros súbditos del Rey Sol¹⁴. La campaña de 1689 no produjo ninguna gran batalla pero sentó las bases de cómo serían las siguientes en ese teatro: operaciones en torno a grandes sitios, guerra de posiciones a lo largo de trincheras extensas marcando líneas estáticas y maniobras cautelosas por parte de ambos ejércitos, comandados por el mariscal Humières y el príncipe de Waldeck. Al año siguiente, el mariscal de Luxemburgo se haría con el mando del ejército francés en Flandes, reuniendo 34 batallones y 94 escuadrones en Saint Amand en mayo de 1690.

La batalla de Fleurus, según Lynn, fue napoleónica en la ejecución del ataque del mariscal de Luxemburgo, pero no después, fallando en perseguir al enemigo y por tanto permitiéndole reorganizarse y aumentar sus efectivos con refuerzos españoles al mando de Francisco Antonio de Agurto, marqués de Gastañaga y gobernador de los Países Bajos hasta 1692, y alemanes liderados por el conde de Tilly¹⁵. La gran cantidad de banderas tomadas a los aliados, expuestas después en París, le valdrían al mariscal francés el sobrenombre de “tapicero de Notre-Dame”. En octubre ambos ejércitos se marcharon a sus cuarteles de invierno. Numerosas tropas alemanas de Brandemburgo y Luneburgo permanecieron alojadas en plazas españolas y sirvieron al año siguiente junto a las unidades de Carlos II.

Al momento de la campaña de 1691, Francia disponía de cierto predominio naval tras haber derrotado el año anterior en Béziers (Beachy Head) a la escuadra angloholandesa. Entre 1690 y 1692 se dio el mayor peligro de invasión de Inglaterra por las fuerzas de Luis XIV, por lo que la solidez aliada tras los reveses de la batalla de Fleurus y el sitio de Mons resultaría doblemente valiosa. El enfrentamiento de La Hogue en 1692, durante el que fueron incendiados 15 buques franceses, hizo imposible seguir planteando un ataque decisivo en las Islas Británicas en apoyo de Jacobo II. Francia encontró en los corsarios de Dunkerque y Saint Malo un actor eficaz para compensar el poderío naval angloholandés y las férreas medidas aduaneras: entre 1688 y 1697, 5680 barcos de todo tipo fueron capturados¹⁶, siendo unos devueltos a cambio de rescate y otros alistados en la marina francesa. La propia España peninsular fue objeto de ataques marítimos franceses, como los bombardeos de Barcelona y Alicante en 1691, que dan fe del estado de práctica indefensión en que se encontraba la costa mediterránea española, debiendo apoyarse la defensa sobre los hombros de las milicias locales¹⁷.

3. EL ASEDIO DE MONS DE 1691

La campaña de 1691 comenzaría con la rápida toma de Mons por el enorme ejército de asedio francés. Es por ello que el diario de operaciones de Verboom trata sobre todo sus consecuencias, pues gran parte de las fuerzas aliadas sólo fueron totalmente movilizadas cuando se intentó la liberación de la plaza y no antes. Por suerte, contamos con un testigo de excepción al otro lado de las trincheras, el duque de Berwick, que en febrero había sido enviado de vuelta a Francia desde Irlanda, como él mismo indica en sus memorias. Berwick había participado en la batalla del Boyne y en la narración de sus memorias de estos años una parte considerable está dedicada a lo acontecido en las Islas Británicas por las obvias razones de su origen y sus intereses. Tras la amargura vivida en tierras irlandesas, donde debido a la incapacidad que atribuía a algunos de sus compañeros de armas se vio envuelto en una serie de reveses y oportunidades perdidas, la participación en el frente de los Países Bajos españoles le ofreció la ocasión de saborear de nuevo la victoria.

¹⁴ Jean-Philippe Cénat, “Le ravage du Palatinat: politique de destruction, stratégie de cabinet et propagande au debut de la guerre de la Ligue d’Augsburg”, *Revue Historique*, nº 633, 2005, p. 100.

¹⁵ John A. Lynn, *op.cit.*, 2013, p. 209.

¹⁶ François Lebrun, F., *op.cit.*, 1997, p. 228.

¹⁷ Antonio Espino López, *Guerra, fisco y fueros. La defensa de la Corona de Aragón en tiempos de Carlos II, 1665-1700*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2007, pp. 142-151.

El asedio de Mons se preparó con secretismo, reuniendo provisiones y pertrechos en el noreste de Francia. Vauban reclutó 60 ingenieros y De Vigny, teniente general de la artillería, reunió 45 cañones de 36 y 24 pulgadas, 20 de 16 y 12 y 31 morteros y *pierriers* (un tipo de mortero lanzador de piedras)¹⁸. Louvois organizó la operación, concentrando 46000 hombres en torno a la ciudad, mientras que el mariscal de Luxemburgo comandaba un ejército de observación de similar tamaño con el que mantener a raya a la fuerza aliada de 38000 soldados al mando del rey Guillermo que se dirigía hacia allí.

Louvois es uno de los ejemplos de por qué el dominio francés de Europa durante su *grand siècle* no fue sólo una cuestión de número sino también de eficiencia en la organización, la llamada *guerre de cabinet*, sustentada en una estrecha relación entre Luis XIV y sus ministros que se mantuvo gracias a una constante correspondencia¹⁹. Artífice de la reestructuración del departamento de fortificaciones durante estos mismos años, promovió la construcción de una red de almacenes en el norte de Francia para poder montar asedios antes de que los aliados pudieran reaccionar²⁰ y priorizó el mantenimiento de las tropas sobre el terreno exigiendo contribuciones, extrayendo recursos de las tierras ocupadas y vigilando que se forrajeara periódica y sistemáticamente sin dejar de perfeccionar el sistema de suministro de víveres a un ejército cada vez más grande²¹. Pese a su deceso en julio del propio 1691, su labor sentó las bases del sistema militar francés durante el resto del reinado.

Volviendo al asedio propiamente dicho, Berwick relata que en la deliberación respecto a cómo proceder ante la llegada del ejército aliado de socorro triunfó el criterio de Luxemburgo, que abogaba por mantener las posiciones defensivas:

“Adujo el mariscal que cuando no se dispone sino de un ejército reducido y se carece por tanto de fuerzas uniformes en todo el perímetro del asedio, es preferible abandonar las trincheras para enfrentarse al enemigo cuando se aproxima; pero, si se cuenta con tropas suficientes como para mantener una doble línea en torno a la plaza sitiada, es preferible sacar partido de la ventaja que proporciona una sólida posición, en especial porque de este modo no se relaja ni interrumpe el asedio”²².

Cuenta Berwick que Vauban se avino a permitir un asalto contra la muralla de Mons cuando la brecha no estaba lo bastante abierta con objeto de congraciarse con Boufflers. Éste último fue herido durante el ataque, en el que tomó parte también Fitz-James. El intento se saldó con retirada pese a que consiguieron penetrar en el perímetro fortificado durante un cuarto de hora²³. El 21 de marzo el propio Luis XIV llegó al frente acompañado de lo más granado de su corte, ocasión que fue aprovechada por la propaganda borbónica como ejemplo de la valentía y arrojo del Rey Sol. Tras lanzar 7.000 balas de cañón y 3.000 proyectiles de mortero, la brecha se agrandó suficientemente y los asaltantes pudieron atrincherarse en ella. La guarnición de Mons,

¹⁸ Christopher Duffy, *The fortress in the age of Vauban and Frederick the Great*, Londres y Nueva York, Routledge y Kegan Paul, 1985, p. 29.

¹⁹ Jean-Philippe Cénat, *Le roi stratège. Louis XIV et la direction de la guerre (1661-1715)*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2010, p. 141.

²⁰ Davide Maffi, “El reducto desdeñado. El ejército de Flandes y la Monarquía de Carlos II (1665-1700)”, en Enrique García y Davide Maffi (coords.), *Estudios sobre Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica*, Valencia, Albatros, 2017, pp. 837-838.

²¹ John A. Lynn, *op.cit.*, 1997, p. 112.

²² Pere Molas Ribalta (ed.), *op.cit.*, 2007, p. 133.

²³ *Ibidem*, p. 134.

liderada por Felipe Francisco de Glimes, príncipe de Berghes o Grimbergen²⁴, pidió la capitulación el 9 de abril y acabó rindiendo la plaza al día siguiente.

El poder de la artillería demostraba su capacidad de acelerar la caída de ciudades expuestas. Tradicionalmente se ha querido presentar a Coehoorn como el principal pionero del uso masivo de la artillería en los asedios, mientras que Vauban propugnaba sitios más lentos y seguros concluidos con éxito gracias a las trincheras y minas, pero la realidad fue que la tendencia a usar la artillería de manera generalizada estaba extendida en ambos ejércitos. Echevarría Bacigalupe achaca la derrota a que el marqués de Gastañaga aseguró al rey Guillermo que se bastaba de sus fuerzas para resistir el ataque y que, tras el fracaso, el monarca solicitó su destitución²⁵. Lo cierto es que el tren de asedio francés funcionó con una eficacia y brutalidad inusuales en campañas de una movilización tan lenta como las de entonces. Tras la toma de Mons, parte de las fuerzas francesas y aliadas fueron desmovilizadas o reubicadas en otros frentes. Luis XIV volvió a Versalles pero Luxemburgo permaneció en Flandes con 49 batallones y 140 escuadrones. Aunque Duffy afirma que el ejército aliado en Flandes fue “*good for nothing for the rest of the year*”²⁶, como veremos no fue del todo así, sino que supo mantener el orden y la solidez defensiva, mientras provocaba importantes bajas a las líneas francesas.

4. EL DIARIO DE OPERACIONES DE VERBOOM DE 1691

4.1. DESCRIPCIÓN DEL DIARIO

El ejemplar del diario de marchas y campamentos del ejército aliado en los Países Bajos en el año 1691 elaborado por Verboom que se conserva en la Biblioteca Nacional de España es una *rara avis* documental que afortunadamente ha llegado a nuestros días. El estilo del diario es sintético pero extremadamente denso. Se trata de un texto técnico que busca registrar datos específicos, no establecer juicios ni plantear reflexiones respecto a los sucesos de la campaña. Sin embargo, la información que alberga sobre la composición y movimientos del ejército aliado, así como de la geografía de los Países Bajos en aquel momento, resulta extremadamente detallada. La importancia de una adecuada cartografía militar se revela como un aspecto cuidado en el que se han alcanzado altas cotas de perfeccionamiento.

Desconocemos muchas cosas del diario: si se trataba de uno más en una serie de todas las campañas en las que participaron Verboom o Jerónimo de Barceló (y si es así por qué éste es el único conservado), dónde permaneció tras la muerte del ingeniero, cómo llegó a la Biblioteca Nacional o cuál fue el uso que se le dio. En la documentación recogida en sus expedientes personales, las cartas y memoriales de su autor detallan minuciosamente los actos de servicio en los que se desempeñó, pero el formato del diario de operaciones no vuelve a repetirse. Tampoco encontramos documentos similares en el inventario post-mórtem de la biblioteca de Verboom²⁷.

Tras permanecer disponible para su consulta en la Sala Cervantes durante años, actualmente se encuentra digitalizado en la Biblioteca Digital Hispánica²⁸ y se puede consultar

²⁴ Las fuentes hispanas y francesas suelen referirse a Felipe Francisco como conde de Grimbergen y príncipe de Berghes desde su nombramiento el 23 de mayo de 1686, mientras que en las anglosajonas se le considera primer príncipe de Grimbergen.

²⁵ Miguel Á. Echevarría Bacigalupe, “El ejército de Flandes en la etapa final del régimen español (1659-1713)”, en Enrique García y Davide Maffi (coords.), *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica: política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*, Madrid, Laberinto, Mapfre, CSIC, 2006, p. 567.

²⁶ Christopher Duffy, *op.cit.*, 1985, p. 29: “Bueno para nada el resto del año”.

²⁷ Juan M. Muñoz Corbalán, “La biblioteca del Ingeniero General Próspero Verboom”, *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, nº 80, Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1995, págs. 343-362.

²⁸ Puede consultarse en línea aquí:

libremente, pues el original fue retirado por deterioro. Consta de 79 hojas y tiene un tamaño de 26 por 20 centímetros. Al final incluye una serie de mapas y láminas en la que se representa gráficamente la información de las marchas y campamentos de la campaña y el organigrama de los ejércitos de ambos bandos. El diario está redactado en francés, pese a ser el “idioma del enemigo”, pues era la lengua franca de la Europa de la época, especialmente en un Flandes cercano a Francia tanto geográfica como culturalmente. La ortografía difiere de la actual, principalmente en lo que atañe a topónimos, pero en los fragmentos destacados más adelante se ha decidido mantener la redacción original.

La hipótesis de Muñoz Corbalán, historiador del arte de la Universidad de Barcelona y principal biógrafo de Jorge Próspero de Verboom en las últimas décadas, es que este manuscrito fue en su mayor parte dictado por el ingeniero flamenco a un escribano, aunque el original fuera redactado por él mismo sobre el terreno. Como señala Muñoz Corbalán, pese a las dificultades del contexto de su labor, Verboom siguió un método riguroso y homogéneo en la medida de lo posible, heredero de las enseñanzas de su mentor, el director de la Academia de Bruselas, Sebastián Fernández de Medrano²⁹. Verboom fue alumno aventajado de Medrano y su ayudante en los últimos años de su vida, conforme su salud se quebrantó, de forma similar a como ocurrió en campaña junto al cuartel maestro Barceló. Junto a la figura de su padre, Cornelio de Verboom, Medrano fue el referente de su etapa formativa en los Países Bajos antes de que pasara a España durante la Guerra de Sucesión. La calidad de la cartografía adjunta al diario se explica por la instrucción recibida en Bruselas.

El diario se estructura en torno a órdenes de marcha entre dos puntos en una fecha determinada, en las que se explican los movimientos de los distintos contingentes aliados, haciendo hincapié en su posición respecto a los demás, en los hitos geográficos y lugares que atravesarían durante esa etapa y en dónde permanecerían estacionados hasta la siguiente orden de marcha. Es por ello que se trata de una valiosa fuente para conocer cómo se movilizaban, desplazaban y coordinaban ejércitos multinacionales en esta época. Además de la infantería, caballería, dragones y artillería, se mencionan los trenes de bagaje o la reserva. Al final de cada orden de marcha hay un breve resumen que recuerda los lugares recorridos. Se hace referencia pormenorizadamente a los regimientos participantes, normalmente según su tipología o el oficial al mando.

El primer orden de marcha es del 17 de junio de 1691, entre los campamentos de Sainte Gertrude Pée y Gigot y los campamentos de Harem, Digom, Sainte Gertrude Machelen, Peuti y Melsbrouck. El último orden de marcha que se incluye es el de 29 de septiembre de 1691, desde Ghislenghien a Pollare y otras localidades. En total, más de 3 meses de campaña documentados con detalle.

4.2. CONTENIDO DEL DIARIO: MARCHAS Y CAMPAMENTOS

El comienzo del diario recoge la situación del ejército aliado en los Países Bajos ante el asedio de Mons, incapaz de socorrer la plaza y resignado a renunciar a ella e iniciar una guerra de posiciones contra el mariscal francés. Tras este sitio, Luxemburgo reagrupó sus fuerzas y tomó Halle, destruyendo sus fortificaciones.

El diario de operaciones de 1691 empieza así:

“L’Armée des Etats Generaux commençà de s’assembler au Camp de Digom vers la fin du mois de Mars, et le commencement du mois d’Avril a dessein d’aller secourir la Ville de

<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000125519&page=1>

²⁹ Juan M. Muñoz Corbalán, *Jorge Próspero Verboom. Ingeniero militar flamenco de la Monarquía Hispánica*, Madrid, Fundación Juanelo Turriano, 2015, pp. 25-26.

Mons qui estoit siegé il y avoit quelques jours, elle marcha donc le 4me du dit mois d'Avril au Camp de Hall, ou elle fut renforcéé des troupes d'Espagne, des troupes Angloises, Brandebourgeoises, Liegeoises, et du Landgrave de Hesse”³⁰.

Desde el principio queda patente el carácter multinacional del ejército aliado, con españoles, holandeses, ingleses y alemanes presentes ya en el mes de abril de 1691 en el campamento de Halle. El 2 de junio el rey de Inglaterra, Guillermo III, se unió al ejército aliado estableciendo su cuartel general en Anderlecht³¹. Si queremos aproximarnos al desarrollo de la campaña desde el punto de vista del bando francés, además de con las memorias de Berwick contamos con la obra de 1756 *Histoire de Flandre depuis l'année 1690 jusqu'en 1694*³² *inclusivement*, que resulta subjetiva pero interesante.

A principios de la campaña el ejército aliado está formado por 150 escuadrones de caballería y dragones y 63 batallones de infantería, por 100 y 39 de Francia respectivamente. Más adelante, cuando Guillermo III se hizo con el mando, el número descendió a 144 y 60, mientras que en el ejército francés se habían recibido refuerzos hasta llegar a los 140 escuadrones y 48 batallones. El ejército aliado se encontraba dividido entre St. Gertrude Pée y Gigot, formando dos líneas principales con una tercera constituida por las tropas de Lieja, que iniciaron su retirada cuando supieron que el enemigo marchaba con un gran destacamento hacia la capital de su obispado³³. En efecto, el general Boufflers había sido enviado al Obispado de Lieja con una fuerza de unos 15000 hombres y la misión de bombardear la ciudad por albergar una guarnición del rey de Inglaterra y colaborar con los aliados, en clara violación de su teórica neutralidad³⁴.

Una vez llegado a Halle el ejército, los aliados comenzaron a excavar trincheras delante del flanco derecho y colocaron la artillería de España junto a los escuadrones de dragones y los batallones de infantería. Algunos días después los franceses marcharon sobre Braine y el 17 de junio el ejército aliado se desplazó a su vez, en cuatro columnas, desde Ste. Gertrude Pée y Gigot a Harem, Digom, donde pernoctó el rey Guillermo, Ste. Gertrude Mechelen, Peuti y Melsbrouck, plaza en la que estableció su base el mando español. La caballería española maniobró en todo momento junto a la de Brandemburgo. La caballería del ala izquierda cruzó el río Senne y atravesó Bruselas entrando por la puerta de Halle y tomando luego el gran camino de Lovaina³⁵.

Además de conocer perfectamente donde se encontraba cada cuartel maestro del ejército aliado, Verboom era consciente de que su narración podía resultar repetitiva, “siempre lo mismo”, lo que formuló así al final del primer orden de marcha que detalló³⁶:

“Ainsy c'est fini le premier ordre de marche; dorénavant, je ne metteray autre chose que ce qui sera simplement necessaire pour la marche, car pour l'assemblée des quartier maîtres, etc., c'est toujours le même”.

³⁰ Jorge Próspero de Verboom, *op.cit.*, 1691, f. 2r.

³¹ *Ibidem*, f. 4.

³² Chevalier de Beaurain, *Histoire de Flandre depuis l'année 1690 jusqu'en 1694*, París, Chez le chevalier de Beaurain, Chez Nicolas Poirion et Chez Antoine Jombert, 1756. Biblioteca Central Militar [BCM] 1755/B1 y 1755/B2.

³³ Jorge Próspero de Verboom, *op.cit.*, 1691, f. 3r.

³⁴ John A. Lynn, *op.cit.*, 2013, p. 218.

³⁵ Jorge Próspero de Verboom, *op.cit.*, 1691, f. 3v-6r.

³⁶ *Ibidem*, f. 6v: “Así termina el primer orden de marcha; de ahora en adelante, no diré otra cosa que aquello que sea simplemente necesario para la marcha, puesto que para la asamblea de cuarteles-maestre, etc., es siempre lo mismo”.

La noche del 18 de junio la pasaron acampados en Betlehem³⁷, cerca de Lovaina. Los días siguientes realizaron una serie de marchas hasta quedar establecidos en torno a la plaza de Giblou, donde permanecieron entre el 26 de junio y el 19 de julio. Los generales holandeses pernoctaron en Manis y el castillo de Conroy, mientras que los españoles lo hicieron en Savener³⁸. El 19 de julio marcharon hacia el campo de Fleurus, donde un año antes los franceses habían infligido una gran derrota a las fuerzas aliadas del príncipe de Waldeck³⁹. Al día siguiente el ejército cruzó el río Sambre, pudiendo acampar en Gerpines. El 23 de julio se unieron las tropas de Brandemburgo y Hesse.

El mismo día por la tarde el ejército formó en orden de batalla y fueron disparadas tres salvas empezando por 57 piezas de cañón y seguidas por todas las armas de fuego del ejército, en conmemoración de una victoria conseguida en Irlanda por las armas de Guillermo III⁴⁰. Esta costumbre volvería a ser citada por Verboom en septiembre, cuando se celebrarían las victorias de Luis de Baden en Peterwardein (Petrovaradin) y Salankemen contra los turcos⁴¹. La fortuna de la campaña en el frente oriental del Imperio contra los otomanos era un factor de preocupación constante entre los aliados, sabedores de que la nueva guerra con Francia había debilitado a las fuerzas imperiales allí presentes, pero el aporte de tropas locales ayudó a consolidar las ganancias de los años de paz en Occidente⁴². La victoria en Irlanda que se celebraba era la batalla de Aughrim, enfrentamiento decisivo de la Guerra Guillermita que propició el subsiguiente asedio de Limerick que significaría el fin de este levantamiento jacobita (en esa ciudad sería firmado el tratado de paz, cuya protección teórica sobre los católicos derrotados sería muy pronto papel mojado). Resulta curioso ver cómo las fuerzas españolas celebran una derrota eminentemente católica en la que los derrotados, a raíz del *Flight of the Wild Geese* (fuga de los gansos salvajes: la huida de Irlanda de los veteranos jacobitas que lucharon al mando de Patrick Sarsfield, conde de Lucan), acabarían en gran parte siendo sus aliados en la Guerra de Sucesión Española y se integrarían en regimientos españoles a lo largo del siglo XVIII. Antes, incluso, Carlos II intentó a través de negociaciones con el rey Guillermo que parte de esa emigración militar y religiosa desembocara en España, pese a estar aliada con su enemigo protestante, pero las gestiones fracasaron en 1694 y 1695⁴³. Estas situaciones paradójicas no son de extrañar en un contexto en el que militares de un mismo origen y confesión combatían en ejércitos diferentes debido a múltiples factores, desde la lealtad personal a los intereses materiales o familiares. Al fin y al cabo, en este momento tanto el propio Guillermo, adalid del protestantismo, como el Papado se enfrentaban a Luis XIV.

El 24 de julio el monarca protestante realizó una salida a caballo acompañado de muchos generales y un buen cuerpo de ejército, de forma que el día 27 el conde de Tilly chocó con una partida enemiga y capturó como prisioneros a un teniente, dos cornetas y 18 o 20 soldados⁴⁴. El ejército permaneció en el entorno de Gerpine hasta el 7 de agosto, cuando se desplazó a Castillon y Court. El 15 de agosto el rey Guillermo junto a varios generales se puso a la cabeza de los forrajeadores en las cercanías de Philippeville, controlada por los franceses, y se vio a la caballería

³⁷ *Ibidem*, f. 11v.

³⁸ *Ibidem*, f. 16v.

³⁹ *Ibidem*, f. 18r.

⁴⁰ *Ibidem*, f. 21r.

⁴¹ *Ibidem*, f. 33r.

⁴² Virginia León Sanz, “Colaboración del ejército imperial con el hispánico de Carlos II”, en Enrique García y Davide Maffi (coords.), *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica: política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*, Madrid, Laberinto, Mapfre, CSIC, 2006, p. 125.

⁴³ Christopher Storrs, *La resistencia de la Monarquía Hispánica*, Madrid, Actas, 2013, pp. 91-92.

⁴⁴ Jorge Próspero de Verboom, *op.cit.*, 1691, f. 21v.

de éstos montar pero no llegó a salir de la empalizada. Que sea mencionado aquí y con tan ilustre participación es una muestra de la importancia del forrajeo en estas campañas.

Como ha mencionado Muñoz Corbalán, hay escasas referencias que puedan recordar la condición de ingeniero de Verboom en el texto, tan sólo las relativas a las fortificaciones de Halle y el puente de su Porte de Nivelles, pero encontramos frecuentes menciones a los caminos de los Países Bajos y a los trabajos para cruzar ríos por medio de puentes o pontones: “*On travailloit toute cette nuit a faire des ouvertures et des ponts sur le ruissau*”⁴⁵. Más adelante encontramos una información sobre los trabajadores que mantenían las vías de comunicación terrestres y fluviales: “*Une partie de charpentiers et pionniers avec vingt pontons se trouveront deux heures avant le jour sour le gran chemin de Charleroi a Bruxelles*”. En otro punto podemos observar una mención a cómo las tropas de reserva debían cubrir los huecos en las líneas: “*Les troupes que formoient le Corps de Reserve alloient occuper les buides que restèrent dans les lignes*”⁴⁶.

El 22 de agosto, con la retirada de la guarnición de Beaumont, se inició el repliegue aliado en todo el frente. La campaña había estado dominada por costosas marchas y contramarchas, sin haberse podido conseguir una acción decisiva que justificara el mantenimiento de la movilización y vengara la pérdida de Mons. Berwick comenta a su vez que gran parte de la campaña se fue en reconocimientos y consumo de vituallas. Al día siguiente, 23 de agosto, las fuerzas aliadas comenzaron a volver sobre sus pasos retirándose de Castillon y Court a Gerpine y Biern y de allí a Saint Gerard⁴⁷. No obstante, el juego de marchas y contramarchas no había terminado, pues los ejércitos enfrentados no pusieron mucha distancia de por medio, lo que quedaría patente a mediados de septiembre.

4.3. EL COMBATE DE LEUZE

Pese a que la historiografía habla del combate de Leuze del 18 o 19⁴⁸ de septiembre como una contundente victoria francesa sobre el contingente aliado de Waldeck, el diario demuestra, como veremos, que como mucho podemos hablar de un enfrentamiento no decisivo, por la cantidad y sobre todo por la calidad de los muertos y heridos franceses. Aunque se trató de una campaña incruenta la mayor parte del tiempo, la de 1691 terminó con este duro choque que provocó numerosas bajas en ambos bandos, entre ellas algunos miembros de la flor y nata de la nobleza francesa que perdieron la vida en la escaramuza final⁴⁹.

A mediados del mes de septiembre, el rey Guillermo volvió a Bruselas acompañado del príncipe de Vaudemont, de donde ambos partieron hacia Holanda y luego hacia Inglaterra. Por ello, el príncipe de Orange no pudo estar presente en el hecho de armas más destacado de la campaña tras el asedio de Mons. El 17 de septiembre, los aliados se dirigieron a Leuze, ya al mando del príncipe de Waldeck. Luxemburgo lo supo al día siguiente y se dirigió raudo hacia allí⁵⁰.

Ese mismo día o al día siguiente, el ejército aliado continuaba su marcha junto al río Leuze tras levantar el campamento, ignorando la sorpresa que se cernía sobre él. Habiendo pasado todas las tropas el arroyo Catoire o Lacatoire menos la caballería del ala izquierda que formaba

⁴⁵ *Ibidem*, f. 26v.

⁴⁶ *Ibidem*, f. 37r-38r.

⁴⁷ *Ibidem*, f. 31v.

⁴⁸ Berwick afirma que se produjo el 18 de septiembre y esa es la fecha que comparte la mayor parte de la historiografía. No obstante, el diario de Verboom recoge inequívocamente que el choque se produjo el día 19, mencionando que el ejército aliado estuvo acampado en Leuze dos noches desde el día 17, dando la fecha del 19 para el orden de marcha previo a la propia batalla y aclarando que el día 20 fue el día siguiente a la misma, por lo que estaba plenamente convencido y si se trata de un error no fue en modo alguno un lapsus puntual.

⁴⁹ Jorge Próspero de Verboom, *op.cit.*, 1691, f. 45v-46v.

⁵⁰ *Ibidem*, f. 43v-45v.

la retaguardia (unos diez escuadrones), el enemigo fue avistado. El mariscal de Luxemburgo, que había venido con veinte escuadrones de tropas escogidas de la casa del rey y la gendarmería (veintiuno según Berwick⁵¹, más otros treinta al mando de Monsieur Rosen que no llegaron a participar en la acción y tres regimientos de dragones comandados por el marqués de Alegre), atacó por el flanco súbitamente. Su llegada no había podido ser advertida por culpa de una densa niebla y porque no había sido enviada ninguna partida de reconocimiento que pudiera haber detectado la presencia de los enemigos franceses, que estaban acampados cerca de Tournai:

“L’Armeé estant ainsy en marche et aysant passé le defilé excepté la cavallerie de la gauche qui avoit l’arriergarde, elle fut attaqueé en flancq par le Mareschal de Luxembourg, qui estoit venu avec vingt escadrons troupes choisis, jusqu’a la gauche de l’arméé, sans qu’on s’en avoit aperceu a cause d’un grandissime brouillard qu’il faisoit ce jour la, et que l’on n’avoit point envoyé des parties pour reconnoitre la contenance des ennemis qui estoient campé pres de Tournay”.

Berwick afirma que Waldeck creyó que se enfrentaba únicamente al destacamento de Villars, lo que le llevó a mover de nuevo a la caballería de su ala derecha al otro lado del río. Al percatarse de que se cernía sobre la fuerza aliada la vanguardia del propio ejército de Luxemburgo, mandó formar en orden de batalla sabedor de que no había escapatoria. Se desató entonces una cruenta refriega en un terreno angosto que forzó a los aliados a estructurarse en tres líneas cerradas.

Aquí las narraciones difieren, de forma que tanto Verboom como Berwick sostienen que fueron sus respectivos enemigos los que iniciaron la retirada tras el choque. Los soldados de Luis XIV se lanzaron sobre la izquierda aliada provocándole más de 400 bajas y capturando algunos estandartes, de forma que, si no hubiera llegado el auxilio de los regimientos de dragones, otro de Hesse y dos batallones de infantería, toda la retaguardia se habría perdido. Según Verboom, la infantería empezó a disparar desde el otro lado del río, acabando con muchos enemigos y una cantidad considerable de oficiales de renombre y obligando a las fuerzas de Luxemburgo a retirarse en buen orden. Según Berwick, tras atacar con los dragones para distraer a la infantería, las sucesivas cargas de la caballería francesa terminaron por forzar la retirada de la segunda y tercera líneas aliadas, aunque elogia a la primera línea, que “hizo maravillas”. El contingente francés avanzó hasta la ribera pero entonces se detuvo porque el grueso del ejército aliado ya estaba formado en la otra orilla. Berwick no menciona que la infantería aliada disparara desde allí, pero sí reconoce que se pusieron en marcha por temor a que sus enemigos en pleno se les echaran encima⁵².

Perdieron la vida en el ejército aliado los coroneles Herden y Diden y fue herido el conde de Tilly, mientras que las fuerzas francesas sufrieron importantes bajas como el marqués de Neufchâtel, teniente general del ejército, el marqués de la Breche, el marqués Rottelin, el conde Riator, capitán de los granaderos del rey, y el conde de la Rose⁵³. El combate de Leuze costó en total entre muertos y heridos 700 bajas a los franceses y 1900 a los aliados⁵⁴, según Lynn. 400 y 1500 aproximadamente, siguiendo a Berwick. A pesar de que tradicionalmente no ha sido considerada una de las grandes batallas de la Guerra de los Nueve Años, es conservado en la Biblioteca Nacional de Francia un detallado grabado del choque. Asimismo, Joseph Parrocel, académico y pintor de Luis XIV, elaboró dos escenas de la batalla que se conservan en Versalles y en el Museo del Hermitage de San Petersburgo y que reflejan la crudeza de la carga de la caballería francesa.

⁵¹ Pere Molas Ribalta (ed.), *op.cit.*, 2007, p. 134.

⁵² *Ibidem*, p. 135.

⁵³ Jorge Próspero de Verboom, *op.cit.*, 1691, f. 46r.

⁵⁴ John A. Lynn, *op.cit.*, 2013, p. 219.

A finales de septiembre el ejército aliado se desplazó cruzando el Sambre desde Vellaine a Pollaere y Sant Berghe⁵⁵, dirigiéndose cada cuerpo de ejército a sus cuarteles de invierno, proceso completado el 17 de octubre.

Así concluye el diario de operaciones de Verboom de 1691:

“Voicy en brief un petit recoeuil de toutes les demarches et campements qui a fait l’Armeé des Alliez, pendant cette année 1691, comme aussi tout ce que j’ay pu apprendre de plus particulier touchant quelques rencontres, et pour mieux comprendre ce petit oumage, j’ay adjoutté des cartes, en les quelles on vaira clairement la situation de tous les campements comme aussi les plans de bataille, tant des armes des ennemis que des alliez qui se sont trouvé dans ce Pays, et finalement celuy de S.M.I. qui a gaigne la victoire sur les infidels soubz les ordres du Prince Louis de Baden”.

4.4. CARTOGRAFÍA: MAPAS, PLANES DE CAMPAÑA Y PLANES DE BATALLA

Verboom incluyó en el diario de operaciones una serie de nueve láminas desplegables realizadas por él mismo. Las cuatro primeras llevan por título “*Eschelle d’un lieu de Brabant*”. Están coloreadas y llevan una explicación con notas bajo el título a la izquierda en la que son detallados los símbolos de ciudades, pueblos, palacios, molinos, abadías, monasterios o conventos.

En la primera, entre Halle, Bruselas, Vilvorde y Lovaina aparecen trazadas en rojo las maniobras realizadas por el ejército aliado. La segunda muestra el área entre el río Sambre, Giblou, Fleurus, Wavre y Tirlémont. La tercera refleja los movimientos entre el Meuse y el Sambre, dejando Charleroi y Namur al norte en poder del ejército aliado y Philippeville y Dinant al sur ocupadas por los franceses. Se indica el lugar de cada campamento. La cuarta se ocupa del área de Leuze, Ath, Halle y Grammont.

Las cinco láminas siguientes corresponden a planes de ejército y planes de batalla. El primer *Plan d’Armée* recoge el organigrama de los aliados acampados junto a Halle en abril de 1691 durante el asedio de Mons. Los cuadros azules representan a la caballería, los rojos a los dragones y los amarillos a la infantería. Hay 150 escuadrones de caballería y dragones y 63 batallones de infantería. Se detalla el oficial al mando de cada unidad o grupo de unidades y en ocasiones se señala también la nacionalidad u origen. El segundo plan de ejército estructura las unidades francesas acampadas junto a Halle desde el 29 de mayo al 13 de junio. Son en total 100 escuadrones de caballería y dragones y 39 batallones de infantería. El primer *Plan de Bataille* corresponde al ejército aliado acampado entre el Sambre y el Mosa en 1691 bajo las órdenes del rey de Inglaterra. Los escuadrones de caballería han descendido a 144 y los batallones de infantería a 60. Algunas unidades han sido agrupadas en brigadas de infantería o que combinan infantería y caballería. En el caso del plan de batalla francés ha ocurrido lo contrario: entre el Sambre y el Mosa, las fuerzas del mariscal de Luxemburgo han crecido hasta los 140 escuadrones de caballería y 48 batallones de infantería. Este ejército francés ha sido acrecentado con tropas liberadas del asedio de Mons. Figuran los principales oficiales al mando del ala izquierda, derecha y el centro del ejército francés, así como qué unidades forman el cuerpo de reserva. Como curiosidad que pueda servir al lector o como memoria para el propio autor, la última lámina recoge el plan de batalla de Su Majestad Imperial en el Danubio, correspondiente al ejército de Luis de Baden que derrotó a los turcos en Peterwardein (Petrovaradin) y Salankemen.

4.5. LAS CONSECUENCIAS DE LA CAMPAÑA DE 1691: LA DESTITUCIÓN DEL MARQUÉS DE GASTAÑAGA Y LA PROMOCIÓN DE MAXIMILIANO DE BAVIERA Y VERBOOM.

Como queda patente en el diario de operaciones, la situación del Flandes español era frágil e inestable. El papel del gobernador de los Países Bajos españoles en la campaña fue discutido, pero poco podía hacer Gastañaga con los recursos con los que contaba.

⁵⁵ Jorge Próspero de Verboom, *op.cit.*, 1691, f. 53r.

El número de soldados que Carlos II estaba en disposición de alistar en los Países Bajos españoles distaba mucho de las cifras de sus aliados y más si cabe del enorme ejército francés de la época. Guillermo III calculaba en su informe de 1694 al parlamento de Londres que Madrid no podría mantener más que 18000 soldados en Flandes. Espino López⁵⁶, siguiendo a Garzón Pareja, ofrece una cifra de 18704 hombres, 10218 infantes y 8486 a caballo, para finales de 1691, cuando a principios de 1690 se contaba con 25217, lo que evidencia un contundente desgaste. Echevarría Bacigalupe menciona la presencia de 14970 infantes y 4610 caballos, un total teórico de 19580 soldados⁵⁷. En 1690 las fuerzas disponibles en Flandes aumentan a 24680 soldados, descendiendo nuevamente a 18704 para la campaña del año siguiente. Davide Maffi ofrece asimismo el dato de 25127 y 18154 respectivamente. Este investigador ha ponderado más detenidamente el peso del ejército de Flandes respecto a las fuerzas de sus aliados, señalando la importancia de la caballería española (omnipresente en la campaña de 1691) y el hecho de que gran parte de los contingentes aliados estaba destinada a la guarnición de plazas y no participaba en campaña⁵⁸ (aunque esto también ocurría con las tropas de Carlos II). Gran parte del esfuerzo en el reclutamiento se destinó a mantener el frente catalán, sobre todo a raíz de la pérdida de Rosas en 1693⁵⁹, incluso tratando de restablecer las milicias de Castilla, pero las arcas estaban exhaustas, con las rentas empeñadas a largo plazo y sin capacidad para reunir más recursos.

La documentación conservada en los archivos recoge con frecuencia la existencia de un malestar constante provocado por los retrasos en las pagas y las malas condiciones de servicio, mal endémico de las armas españolas agudizado en contextos de debilidad como el que nos ocupa. En estas circunstancias era difícil que la campaña de 1691 hubiera tenido un desenlace diferente. Como contrapeso a la escasez permanente de soldados en la segunda mitad del XVII debemos tener en cuenta otros factores, como la existencia de guerra de guerrillas en Flandes tras las líneas francesas, espoleada por el resentimiento de la población flamenca ante un enemigo secular como el francés⁶⁰.

En mayo de 1691, el marqués de Gastañaga había concluido el acuerdo para incrementar el número de tropas de Brandemburgo de 5.000 a 7.500 hombres. Pero hubo problemas debido a que se trataba de tropas protestantes y a la larga pareció más fiable para el gobierno de Carlos II defender Flandes con las tropas bávaras de Maximiliano Manuel, elector de Baviera. En el invierno de 1691-1692, el comandante de las tropas brandemburguesas rehusó guarnecer Ostende y Nieuwpoort porque se temía un ataque⁶¹, hecho que precipitó la decisión.

Las tropas extranjeras tenían ventajas, pero no siempre eran de confianza al sustentarse su lealtad básicamente en el dinero. Estos acuerdos o capitulaciones con príncipes extranjeros para conseguir tropas auxiliares a cambio de dinero eran habituales en el siglo XVII⁶² y con frecuencia propiciaban el inicio de relaciones más estrechas que condicionaban el desarrollo de los acontecimientos en el futuro. Tanto Brandemburgo como Baviera se habían convertido a estas alturas en *mercenary states*, que dependían del alquiler de parte de sus fuerzas por potencias

⁵⁶ Antonio Espino López, “El declinar militar hispánico durante el reinado de Carlos II”, *Studia Historica. Historia Moderna*, nº 20, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1999, p. 182.

⁵⁷ Miguel Á. Echevarría Bacigalupe, “El ejército de Flandes en la etapa final del régimen español (1659-1713)”, en Enrique García y Davide Maffi (coords.), *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica: política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*, Madrid, Laberinto, Mapfre, CSIC, 2006, p. 566.

⁵⁸ Davide Maffi, *op.cit.*, 2017, p. 841-844.

⁵⁹ Cristina Borreguero Beltrán, “De la erosión a la extinción de los Tercios españoles”, en Enrique García y Davide Maffi (coords.), *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica: política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*, Madrid, Laberinto, Mapfre, CSIC, 2006, p. 477.

⁶⁰ Miguel Á. Echevarría Bacigalupe, *op.cit.*, 2006, p. 571.

⁶¹ Christopher Storrs, *op.cit.*, 2013, págs. 48-49.

⁶² *Ibidem*, p. 93.

externas para mantener sus ejércitos⁶³. Al elector de Baviera le fue encomendado el gobierno de los Países Bajos a finales de 1691, sustituyendo al marqués de Gastañaga, y permanecería leal al trono de Madrid, pese a que Echevarría Bacigalupe afirma que nunca contó con la confianza de Carlos II⁶⁴. Como indica Luis Ribot⁶⁵, ya en 1693 y 1694 Luis XIV intentó atraerse al elector ofreciéndole primero los Países Bajos españoles y después el reino de Nápoles. Con el cambio de alianzas de la Guerra de Sucesión, a lo que debemos unir sus ambiciones imperiales, el elector bávaro acabaría provocando la invasión de la propia Baviera en 1704 por parte del duque de Marlborough y la pérdida de su electorado hasta el fin de la guerra tras la batalla de Blenheim.

La guerra de la Liga de Augsburgo continuó en Flandes en 1692, enfrentando a los dos ingenieros más célebres de la época, Vauban y Coehoorn. Berwick llegó a Namur el día después de su rendición pues había permanecido en Normandía con su rey Jacobo a la esperanza de poder utilizar las tropas evacuadas de Irlanda en la invasión de Inglaterra, expectativa que se vio frustrada tras el incendio de las naves francesas en La Hogue tras el combate naval de Barfleur⁶⁶. La plaza de Namur, en dos espectaculares asedios, fue primero tomada y luego perdida por Francia en 1695. Verboom prosiguió su carrera: en 1692 había ascendido a capitán y en 1693 adquirió el empleo de cuartel maestro general, a la muerte de Jerónimo de Barceló.

Aunque no se han conservado relatos de Verboom sobre las campañas posteriores de la Guerra de los Nueve Años, a diferencia de lo que ocurre con las memorias de Berwick, sí encontramos documentos posteriores elaborados por el ingeniero flamenco en otras fases de su carrera que guardan parecido con el diario de 1691. Por ejemplo, en el marco de la Guerra de la Cuádruple Alianza, Verboom envió a la Corona un “Proyecto para disponer las tropas de campaña que quedan existentes del ejército del rey en Sicilia, en un género de cuartel que llamamos acantonar”⁶⁷ cuya letra recuerda al diario en lo que respecta a lo que propone como desplazamientos y nuevas ubicaciones de las unidades para los cuarteles del invierno de 1719 a 1720 y lo que menciona como movimientos anteriores, prestando especial atención al estado de las fortificaciones del territorio que controlaban en la isla y las características geográficas, económicas y logísticas del mismo.

5. CONCLUSIONES

La campaña de 1691 en los Países Bajos españoles evidencia el hecho de que, aunque la aportación española a los ejércitos aliados fuera pequeña en comparación con otros contingentes, sin la logística y las instalaciones hispanas habría sido más difícil mantener un frente sólido contra las armas de Luis XIV.

Pese a contar con unos recursos humanos y materiales mucho menores que los de su padre, Felipe IV, y muy limitados en Europa en comparación con los de la Francia de Luis XIV, y a pesar del complejo contexto internacional, que condenó a las fronteras de los Países Bajos españoles y Cataluña a un estado de permanente debilidad, la situación de la Guerra de los Nueve Años significó volver al ideal de aislamiento de Francia buscado por los Reyes Católicos y Carlos I casi dos siglos antes. La multiplicidad de frentes suponía un contrapeso constante, permitiendo

⁶³ Davide Maffi, “Contribución militar del Sacro Imperio a la pervivencia de la Monarquía española en el siglo XVII”, en Enrique García Hernán (coord.): *Presencia germánica en la milicia española*, Revista Internacional de Historia Militar, nº 93, Madrid, Ministerio de Defensa, Comisión Española de Historia Militar, 2015, p. 82.

⁶⁴ Miguel Á. Echevarría Bacigalupe, *op.cit.*, 2006, p. 567.

⁶⁵ Luis A. Ribot García, “Los tratados de reparto de la Monarquía de España. Entre los derechos hereditarios y el equilibrio europeo”, en Luis A. Ribot y José María Iñurritegui (eds.), *Europa y los tratados de reparto de la Monarquía de España, 1668-1700*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2016, p. 36.

⁶⁶ Pere Molas Ribalta (ed.), *op.cit.*, 2007, pp. 140-142.

⁶⁷ Archivo General de Simancas [AGS], SGU, Legajo 1647, “Proyecto para disponer las tropas de campaña que quedan existentes del ejército del rey en Sicilia, en un género de cuartel que llamamos acantonar”, Campo de Rametta, 16 de septiembre de 1719.

presionar más en un teatro de operaciones para compensar un revés en otro, esta vez con la ayuda de poderosos aliados como Inglaterra, las Provincias Unidas, el Imperio y los estados alemanes. Por ello, derrotas como la batalla de Fleurus y la pérdida de Mons, dos fracasos en dos campañas consecutivas, no supusieron una contrariedad definitiva para el ejército aliado, que pudo reponerse rápidamente y minimizar las consecuencias de estos reveses. La ruptura de ese equilibrio ayudaría a provocar la Guerra de Sucesión Española.

El diario de operaciones que hemos analizado permite situar con una periodicidad regular la ubicación de unidades y altos oficiales durante la campaña y aproximarnos a saber cómo se conocían las noticias de otros frentes y cuál era la reacción de los beligerantes. Queda patente la necesidad de conocer el entramado viario y los condicionantes geográficos del terreno para desarrollar con éxito una campaña. Esta formación influirá en la labor posterior de Verboom e indirectamente en las ordenanzas de ingenieros del XVIII. El texto del diario, por otro lado, muestra que los éxitos de las armas de Luis XIV se producían a un alto costo económico y humano, lo que a la larga impediría victorias aplastantes en todos los frentes. Mayor presión en un teatro de operaciones significaba reducir el esfuerzo en otros⁶⁸, más si cabe teniendo en cuenta el descontento que produjo entre la población civil del Palatinado, Flandes o Cataluña la política de tierra quemada y abastecimiento sobre el terreno.

Como señala Storrs⁶⁹, aunque la contribución española a la Liga de Augsburgo pueda parecer limitada, lo cierto es que fue la única potencia que combatió a Luis XIV en todos los frentes continentales y en el mar, mientras proporcionaba al ejército aliado en los Países Bajos el conjunto de instalaciones de aprovisionamiento y fortificaciones defensivas desde el que operar. Décadas de esfuerzo diplomático español para forjar una gran alianza contra Francia acabarían provocando la paradoja señalada por Luis Ribot⁷⁰: dicha alianza se volvería contra la España de Felipe V y llevaría a cabo el desmembramiento de una monarquía ahora enemiga. En conjunto y sin perder de vista el delicado contexto de penurias materiales y humanas, aunque no podemos hablar de éxito al término de la Guerra de los Nueve Años, tampoco deberíamos hablar de fracaso rotundo del sistema español, ya que, a su muerte, Carlos II había conservado la inmensa mayoría de territorios que había heredado en Europa sin que la expansión en Ultramar se hubiera detenido. Empero, el propio desarrollo de la campaña de 1691 y el estado de las armas de Carlos II al final de su reinado nos lleva a compartir las conclusiones de Espino López⁷¹ relativas a la necesidad de acometer profundas reformas militares en la centuria siguiente dado el contraste entre las plantas teóricas de los ejércitos españoles y las cifras reales sobre el terreno.

La propia figura de Jorge Próspero de Verboom, súbdito de Carlos II y formado íntegramente dentro de las estructuras de la Monarquía Hispánica, evidencia la falsedad del mito de la incapacidad de las armas españolas de producir mandos competentes⁷². Como han señalado Storrs o Maffi, buena prueba de que durante el reinado del último Habsburgo español se generaron buenos oficiales es que muchos de ellos continuaron su *cursus honorum* con éxito en el reinado de Felipe V, liderando las reformas y las campañas de la centuria siguiente.

Respecto al recurrente debate en torno a la existencia o no de una identidad española entre los súbditos de las posesiones europeas extrapeninsulares de los Habsburgo, mencionar que en el diario de operaciones de 1691 no se distingue entre los diferentes orígenes de las tropas al servicio de Carlos II en Flandes sino que se las denomina conjuntamente a todas “españoles” y no debemos

⁶⁸ Christopher Storrs, *op.cit.*, 2013, p. 382.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 115.

⁷⁰ Luis A. Ribot García, “Carlos II: el centenario olvidado”, *Studia Historica. Historia Moderna*, nº 20, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1999, p. 43.

⁷¹ Antonio Espino López, *op.cit.*, 1999, p. 198.

⁷² Davide Maffi, *op.cit.*, 2017, p. 847.

perder de vista que el autor del texto era un flamenco nacido en Bruselas que no había pisado todavía suelo peninsular.

Por lo detallado de sus páginas y la riqueza de sus láminas, merecería la pena llevar a cabo una edición crítica e ilustrada del diario de operaciones de Verboom de 1691 al modo de la que fue publicada en 2007 para las memorias de Berwick. De momento nos conformamos con aportarlo como fuente para esta campaña a un público más amplio, en coherencia con el objetivo de armonizar las nuevas tendencias historiográficas con la revisión de las narraciones clásicas de la historia militar.

BIBLIOGRAFÍA

- BORREGUERO BELTRÁN, Cristina, «De la erosión a la extinción de los Tercios españoles», *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica: política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*, Madrid, Laberinto, Mapfre, CSIC, 2006, pp. 445-484.
- CÉNAT, Jean-Philippe, «Le ravage du Palatinat: politique de destruction, stratégie de cabinet et propagande au debut de la guerre de la Ligue d'Augsburg», *Revue Historique*, nº 633, 2005, pp. 97-132.
- *Le roi stratège. Louis XIV et la direction de la guerre (1661-1715)*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2010.
- «La genèse et l'élaboration de la capitation de 1695: le rôle décisif de Chamlay, conseiller militaire de Louis XIV», en *Revue histoire, économie & société*, nº 3, Malakoff, Armand Colin, 2010, pp. 29-48.
- CHEVALIER DE BEURAIN: *Histoire de Flandre depuis l'année 1690 jusqu'en 1694*, París, Chez le chevalier de Beaurain, Chez Nicolas Poirion et Chez Antoine Jombert, 1756. Biblioteca Central Militar [BCM] 1755/B1 y 1755/B2.
- DUFFY, Christopher, *The fortress in the age of Vauban and Frederick the Great*, Londres y Nueva York, Routledge y Kegan Paul, 1985.
- ECHEVARRÍA BACIGALUPE, Miguel Ángel, *Flandes y la Monarquía Hispánica, 1500-1713*, Madrid, Sílex, 1998.
- «El ejército de Flandes en la etapa final del régimen español (1659-1713)», *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica: política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*, Madrid, Laberinto, Mapfre, CSIC, 2006, pp. 553-578.
- ESPINO LÓPEZ, Antonio, «Publicística y guerra de opinión. El caso catalán durante la Guerra de los Nueve Años», *Studia Historia. Historia Moderna*, nº 14, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1996, pp. 173-189.
- «El declinar militar hispánico durante el reinado de Carlos II», *Studia Historia. Historia Moderna*, nº 20, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1999, pp. 173-198.
- *Guerra, fisco y fueros. La defensa de la Corona de Aragón en tiempos de Carlos II, 1665-1700*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2007.
- FERNÁNDEZ NADAL, Carmen María, «La unión de las armadas inglesa y española contra Francia: la defensa de las Indias en la Guerra de los Nueve Años», *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica: política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*, Madrid, Laberinto, Mapfre, CSIC, 2006, pp. 1025-1042.
- LEBRUN, François, *La puissance et la guerre*, París, Points, 1997.
- LEÓN SANZ, Virginia, «Colaboración del ejército imperial con el hispánico de Carlos II» en *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica: política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*, Madrid, Laberinto, Mapfre, CSIC, 2006, pp. 121-152.
- LYNN, John Albert, *Giant of the Grand Siècle: The French Army, 1610-1715*, Cambridge: Cambridge University Press, 1997.

- «Revisiting the Great Fact of War and Bourbon Absolutism: The Growth of the French Army during the Grand Siècle», *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica: política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*, Madrid, Laberinto, Mapfre, CSIC, 2006, pp. 49-74.
- *The Wars of Louis XIV, 1667-1714*, Londres y Nueva York, Routledge, 2013.
- MAFFI, Davide, «Contribución militar del Sacro Imperio a la pervivencia de la Monarquía española en el siglo XVII», en García Hernán, E. (coord.), *Presencia germánica en la milicia española*, Revista Internacional de Historia Militar, nº 93, Madrid, Ministerio de Defensa, Comisión Española de Historia Militar, 2015, pp. 63-98.
- «El reducto desdeñado. El ejército de Flandes y la Monarquía de Carlos II (1665-1700)», *Estudios sobre Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica*, Valencia, Albatros, 2017, pp. 831-852.
- MOLAS RIBALTA, Pere (ed.), *Memorias. Duque de Berwick*, San Vicente del Raspeig, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2007.
- MUÑOZ CORBALÁN, Juan Miguel, «La biblioteca del Ingeniero General Próspero Verboom», *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, nº 80, Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1995, pp. 343-362.
- *Jorge Próspero Verboom. Ingeniero militar flamenco de la Monarquía Hispánica*, Madrid, Fundación Juanelo Turriano, 2015.
- RIBOT GARCÍA, Luis Antonio, «Carlos II: el centenario olvidado», *Studia Historica. Historia Moderna*, nº 20, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1999, pp. 19-44.
- «Los tratados de reparto de la Monarquía de España. Entre los derechos hereditarios y el equilibrio europeo», Luis Ribot y Jose María Iñurritegui (eds.), *Europa y los tratados de reparto de la Monarquía de España, 1668-1700*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2016, pp. 29-54.
- STORRS, Christopher, «The (Spanish) Armies of Carlos II», *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica: política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*, Madrid, Laberinto, Mapfre, CSIC, 2006, pp. 485-500.
- *La resistencia de la Monarquía Hispánica, 1665-1700*, Madrid, Actas, 2013.
- VERBOOM, Jorge Próspero de, *Marches et campements de l'armée des Aliez au Pays-Bas en l'an 1691, sous les ordres du Roy d'Angleterre, le tout démontré sur des cartes Geographiques*, Biblioteca Nacional de España [BNE], MSS/1065.
- VERMEIR, René, «Olivares y Flandes», *Libros de la Corte*, nº 5, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2012, pp. 133-141.